



SWICKARD, Charles



EL PRINCIPE SESSUE

~~EL PRINCIPE SESSUE~~
(LI TING LANG, 1921)

Versión literaria de la comedia
cinematográfica de igual título,
ARG. original de Howard P. Rockey,
magistralmente interpretada por
el genial artista japonés
GUID DE RICHARD SCHAYER
SESSUE HAYAKAWA



PROD. ROBERTSON-COLE
Exclusiva:
L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

Elisa Halstedad: Doris Pawn.

Sessue Lang: Sesue Hayakawa.

Roberto Murray: Allan Forrest.

Federico Dalton: Charles E. Mason.

• MARC ROBBINS
FRANCIS RAYMOND

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 48

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 80, 1.^o

Teléf. 4656 A.—BARCELONA

Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA



Sale los Jueves

EL PRÍNCIPE SESSUE

I

FINALIZABAN los días de la vetusta y decrepita Monarquía del Celeste Imperio. El simbólico dragón agonizaba, entre aullidos de dolor y espumarajos de rabia y de impotencia, para dar paso a la libertad, a la civilización y al progreso, y cada día, jóvenes chinos de las familias acomodadas, abandonaban su país natal para acudir a las Universidades europeas y norteamericanas, en busca del pan espiritual de que tan faltos se hallaban,

En Boston, la culta y populosa ciudad yanqui, acababan de celebrarse los exámenes de fin de curso y los estudiantes de aquella docta Universidad se preparaban a gozar del descanso de las vacaciones de verano.

Entre los alegres grupos de futuros doctores, destacaba, por su innegable simpatía, el conocido por "Los tres Mosqueteros", formado por Roberto Murray, excelente muchacho, aunque algo aficionado al alcohol, que algunas veces excitaba la irascibilidad de su carácter, Federico Dalton, cuyo apacible y risueño temperamento, que contrastaba con el de su compañero, le granjeaba las simpatías de todos, y Sessue Lang, de nacionalidad china, el número uno en la clase y el "as" de los juerguistas, a pesar de su aspecto tímido y reservado, tan propio de los individuos de su raza.

A pesar de la intimidad que unía a los tres compañeros, nadie sabía una sola palabra respecto al pasado y origen de Sessue Lang. Sospechábase, no obstante, que en su vida debía forzosamente de haber un misterio, ya que nunca hablaba de su familia o parientes. Debía pertenecer a una jerarquía importante, puesto que, de todos los estudiantes, era el que mejor vida llevaba y de más dinero disponía.

Su envidiable situación económica no le im-

pedía ser el muchacho más demócrata y liberal del mundo. Tenía una frase agradable para todos, un comentario justo y preciso para cada situación, un gesto peculiar para cada actitud, y su bolsillo estaba siempre generosamente abierto para todos sus amigos, cuando atravesaban momentos de penuria.

—¡Quién lo diría! — exclamaban los demás estudiantes —. Sessue Lang, un muchacho hijo de un país de残酷, de superstición y de autocracia, es el más liberal de todos nosotros!

Aquel año, Sessue se había doctorado en derecho, y se preparaba a despedirse definitivamente de aquella vida de bullicio, de libertad y de alegría que tanto le deleitaba durante sus días de estudiante. Pero no por eso, Lang dejaba penetrar a sus íntimos en el sagrado recinto de su secreto. Ni a Murray ni a Dalton dijo si abandonaría Boston, si se quedaría allí ni de sus labios salió una sola palabra respecto a sus futuros planes.

Las agencias telegráficas, entretanto, seguían enviando a los grandes rotativos aterradoras informaciones respecto a la tiranía de la decadente Monarquía del Celeste Imperio.

—Supongo — dijo un día Murray a Sessue — que ahora que ya eres un doctor en leyes,

volverás a tu país a escribir la primera página gloriosa de su liberación.

—¡Quién sabe! — replicó Sessue —. Tal vez sí. Ahora, no. Quizá un poco más tarde...

Y en sus labios pálidos dibujóse aquella eterna sonrisa cuyo misterio nadie había acertado a descubrir...

II

AQUELLA noche, Sessue Lang y sus dos inseparables amigos habían sido invitados a una fiesta que daba en sus aristocráticos salones la señora Isidora Matews, dama de alta calidad y que tenía una sobrina llamada Elisa Halstead de la que estaba perdidamente enamorado Roberto.

—El abogado señor Sessue Lang — dijo Murray al hacer la presentación de su amigo a la señora Matews y a su sobrina.

—Mucho gusto, joven — repuso la dama —. Su país me ha interesado siempre de una manera particular. Un parente mío, que llevaba el mismo apellido que yo, figuraba entre los primeros misioneros que fueron a Hong Kong.

—¿Y tuvo éxito en su misión? — interrogó Lang.

—Como misionero, no, señor — repuso Isidora Matews —, pero como comerciante, mucho. Se dedicó al cultivo del té y se hizo rico.

En aquel momento se acercó al grupo que



—El abogado señor Sessue Lang — dijo Roberto.

formaban “los tres mosqueteros” y la señora Matews una joven cuyo simpático aspecto y porte distinguido llamó poderosamente la atención de Sessue Lang. Era Elisa Halstead.

La orquesta preludiaba un shimmy. Sessue

ofreció su brazo a la muchacha que lo aceptó sin hacerse rogar, mientras Murray, algo molesto, contemplaba con visible sorpresa a la pareja.

Ni Lang ni Elisa se habían dado cuenta de la desagradable impresión que acababa de recibir Roberto.

—Su país debe ser encantador — murmuraba Elisa, dejándose llevar al compás enervador de la música —. A pesar de que los chinos tienen fama de ser terribles...

Sessue sonrió.

—Eso son apreciaciones, señorita — repuso —. Si aquí tenemos fama de ser terribles, cuatrocientos millones de mis compatriotas opinan, en cambio, que ustedes son "diablos rojos". Y, sin embargo, yo me iría tranquilamente al fin del mundo con un diablillo tan encantador como usted...

—Muchas gracias — replicó la joven.

La orquesta cesó de tocar. Sessue acompañó a Elisa hasta un grupo en el que la señora Matews conversaba con varias amigas. Saludó con un gesto elegante y se alejó.

—¡Que muchacho más simpático! — murmuró la joven así que Sessue estuvo a cierta distancia.

—Sí — observó Murray, que se había acercado al grupo —. Es un muchacho de todas prendas, pero... es chino.

En aquel momento, dentro de la sala se observó un movimiento de curiosidad.

—¡Hay un príncipe chino en la puerta, acompañado de numerosa escolta, que desea hablar con Sessue! — dijo una de las doncellas de Elisa Halstead.

Los concurrentes volvieron los ojos hacia el vestíbulo. Un personaje, entrado en años, de rostro curtido y mirada severa, hacía una gran reverencia a Sessue.

—¡Salud, príncipe Nu Chang! — exclamó Sessue —. ¡Que la bondad de Confucio te sea propicia!

—¡El te guarde! — repuso Nu Chang —. Una misión delicada que me encarga Su Majestad la Reina y cuyo cumplimiento no admite demora, me ha obligado a venir a molestarte.

—¿Cuáles son, pues, los deseos de Su Majestad? — dijo Sessue Lang.

—Que regreses inmediatamente a Pekín. El espíritu de la revolución va correyendo a los más fieles servidores del Imperio y su Majestad teme que las modernas ideas destructoras corrompan incluso a su propia familia.

—Dile a su Majestad — contestó Sessue — que cuando mi presencia sea necesaria en Pekín, iré. Antes no.

—Permíteme, señor — insistió Nu Chang —, que humildemente te aconseje obedezcas a

Su Majestad, y regreses cuanto antes a tu Patria.

—Está bien, príncipe Nu Chang. Puedes retirarte.

Nu Chang volvió a saludar a Sessue con una gran reverencia, después de lo cual, éste penetró de nuevo en el salón en donde se celebraba la fiesta.

—¡Sessue! —dijo Dalton— acaba de una vez con nuestra impaciencia y cuéntanos quién eres! ¡Un príncipe de tu país viene a postrarse ante tus pies! ¡Entonces, tú debes ser poco menos que un Rey!

—¿Qué importa mi verdadera personalidad? — contestó Sessue sin falsa modestia—. En Norteamérica, país de la libertad y de la democracia, poco han de significar mis supuestos títulos.

—¿Tampoco a mí querrá revelarme usted su terrible secreto? — interrogó Elisa Hals- tead, cogiéndole del brazo y arrastrándole hacia el torbellino de los bailadores.

—¿Tanto le interesa? — repuso Lang, con una sonrisa.

—Todo lo que a usted se refiere me interesa, Sessue...

—Pues bien — dijo entonces el novel abogado, sin inmutarse—. Prepárese para escuchar algo que nadie sospecha: El niño que es hoy Emperador de la China, es mi sobrino.

Si, por una desgracia que no es de esperar ni yo deseo, a ese niño le sucediese algo, yo sería su sucesor...

Elisa escuchaba, transfigurado su semblante por una expresión de sorpresa y de alegría a la vez.

—De manera — concluyó Sessue — que la mujer que se casara conmigo, tendría probabilidades de llegar a ser la Emperatriz de una de las naciones más grandes del planeta...

III

TRANSCURRIERON los días, y descanso de aquel verano, Elisa y Sessue hallaron numerosas ocasiones de entrevistarse, durante la celebración de diversas fiestas mundanas. Una simpatía cada vez más intensa les iba aproximando, con lo que aumentaba la irritabilidad de Roberto Murray, que Dalton intentaba, en vano, amortiguar.

—No seas así, Roberto — decíale Federico —. Ese “flirt” entre Lang y Elisa no tiene ninguna importancia y no puede durar. Cuanto más celoso te muestres con ella, peor. Calla y espera, y verás cómo al fin prevalece el

buen sentido en el cerebro de esa muchacha y vuelve a ti... Porque Elisa te corresponde, en el fondo, aunque tú dudes de ello...

Pero Roberto, contrariamente a lo que Dalton le aconsejaba, perdía cada vez más el aplomo y se entregaba, para olvidar los frecuentes disgustos que tenía con Elisa, a la bebida.

—¡Roberto — le dijo un día ésta, al ver que su cerebro coordinaba mal las ideas y se expresaba con dificultad —, tú has bebido!

Aquellas palabras acabaron de exasperar a Murray.

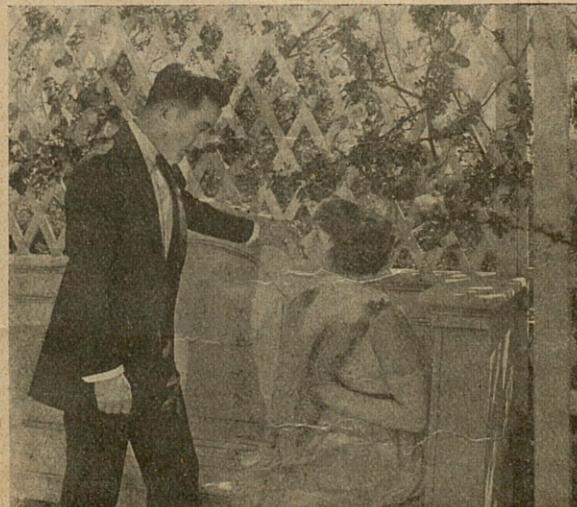
—¡Sí que he bebido — gritó — y la culpa la tienes tú, que estás jugando conmigo de una manera indigna! ¿Todavía no te estás dando cuenta del papel ridículo que representas y del que me haces representar a mí?

Elisa y Roberto se separaron aquel día después de una escena bastante violenta. Dalton, al saberlo, reconvino a Murray:

—Has hecho mal en extremar la situación, porque yo sigo creyendo que ningún peligro revestían los coqueteos de Elisa con Sessue, y ahora será más difícil arreglar las cosas. Pero, en fin, yo veré a Lang, que es un muchacho de gran comprensión, y mucho será que no le haga ver la realidad de las consecuencias de esa travesura de chiquillos...

Aquella misma tarde, Federico se entrevisó con Sessue Lang.

—Sessue — le dijo —, ¿te has dado cuenta



—¡Qué lástima — dijo Sessue — que la gente no hable de nosotros con motivo!

del mal que estás haciendo al pobre Roberto?

—¿Por qué? — contestó el joven abogado.

—Por tu "flirt" con Elisa Halstead.

—¡Ah! — exclamó Sessue —. Yo ignoraba que hubiese ningún compromiso entre Elisa

y Roberto. De ser así, yo me hubiera abstenido de seguir adelante...

—Con quien parece que hay un compromiso, es contigo, y yo me permito hacerte notar que ese sentimiento que Elisa y tú parecéis compartir, no debe ir demasiado lejos. Desengáñate: entre dos individuos de diferente raza, no puede existir la verdadera felicidad.

Las palabras de Federico no parecieron convencer a Sessue.

—La felicidad no depende del color de la piel, querido Dalton — respondió tras breves minutos de silencio —. La felicidad estriba en una reciprocidad de sentimientos y en una compenetración de caracteres... Todo lo demás, es muy relativo...

Dalton tenía una amistad bastante antigua con Isidora Mathews, y, ante la esterilidad de sus esfuerzos para convencer a Sessue, acudió a ella para que disuadiera a su sobrina.

Mas el poco tacto de la aristocrática dama fué para Elisa la gota de agua que hizo rebozar el vaso.

—Yo me casaré con quien me guste, ¿lo entiendes, tía? — gritó la joven cuando su tía intentó reconvenirla. ¡Y si me viene en gana el ser la esposa del sultán de los zulús, no creo que nadie pueda impedírmelo!

IV

EN el jardín de la quinta en donde habitaban tía Isidora y Elisa Halstead había congregado una numerosa y distinguida concurrencia de invitados. Sessue y su amada habían escogido un rinconcito entre los árboles en donde podían conversar sin temor a ser molestados.

—Parece, dijo la muchacha, que la gente habla de nosotros.

—¡Qué lástima no sea con motivo!, dijo Sessue.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que yo desearía, con todo el ardor de mi corazón joven y lleno de entusiasmos, que estuviese usted tan interesada por mí como cree la gente... Pero yo sé, Elisa, lo que la sociedad americana piensa respecto a la gente de color, y usted no puede sustraerse a esos prejuicios...

—Donde hay verdadero amor, Sessue, contestó la joven, no pueden existir diferencias de raza...

—¿Lo cree usted así, Elisa?

La muchacha bajó los ojos, por toda respuesta.

—¡Entonces, gritó Sessue Lang, en el colmo de la emoción, soy el hombre más feliz de la tierra!

Elisa dejóse besar las manos que el abogado estrechaba entre las suyas. Cuando, minutos más tarde, la pareja salió al jardín, Elisa, radiante de alegría, anunció a Roberto y a Federico que es encontraban presentes:

—¡Pueden ustedes darnos la enhorabuena! ¡El príncipe Sessue Lang y yo somos prometidos!

Murry, al oír aquellas palabras, no pudo contener un gesto amenazador...

o o o

La noticia del próximo enlace de Elisa Halstedad con el príncipe Sessue constituyó, durante aquella semana, la nota sensacional en todos los periódicos de la localidad. Roberto Murray, desesperado, juró a Sessue que la unión no se efectuaría, aunque le costase la vida, y Federico Dalton daba vueltas a la cabeza pensando que aquello era ya una cosa irreparable y que no había remedio posible.

La sociedad elegante había recogido la nueva con visible repugnacia. El odio a la raza amarilla se revelaba cada vez más, y la con-

currencia a las reuniones que se daban en casa de la señora de Matews era menor de día en día...



Roberto, al oír aquellas palabras, no pudo contener un gesto amenazador...

Sessue, entretanto, vivía una vida llena de dulces ilusiones y gozaba la emoción suprema de amar y sentirse amado...

El príncipe Nu Chang, enterado de aquellos amores, se apresuró a telegrafiar a Pekín. La

emoción que en la Corte produjo la noticia de que un príncipe de sangre real intentaba contraer matrimonio con una muchacha norteamericana fué extraordinaria y se cablegrafiaron instrucciones secretas a Boston. El príncipe volvió a ver a Sessue.

—Su Majestad Imperial me telegrafía insistiendo en que vuelvas a Pekín. En la Corte se sabe que proyectas realizar tu descabellado propósito de casarte con uno de esos diablos rojos, y la Emperatriz quiere verte a su lado...

—Es inútil que insistas, Nu Chang, — repuso Sessue. — Nada hay en el mundo que pueda hacerme volver a Pekín ni renunciar a esta unión, en la que cifro mi felicidad. Riquezas, honores, todo me es indiferente, mientras pueda conseguir a esa mujer...

—Príncipe, — dijo uno de los criados de Lang, — la señorita Elisa desea verte...

—Que pase en seguida.

Nu Chang, al ver entrar a Elisa, despidióse con una cortés reverencia.

Al observar lo alterado del semblante de su amada, Sessue comprendió que algo grave ocurría.

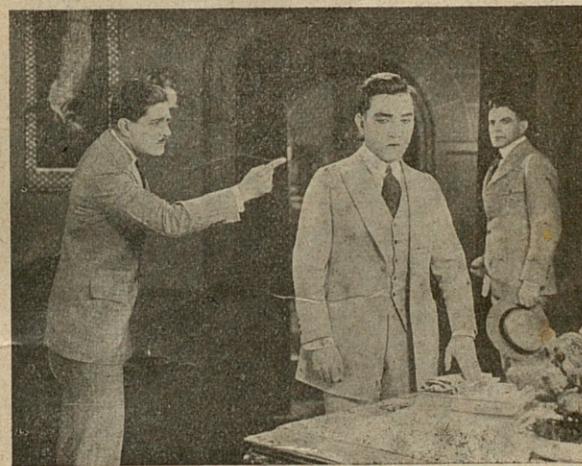
—¡Estás triste! —le dijo. — ¿Te ocurre algo?

—Sí... Sessue... Lo tengo que decir, es muy doloroso... Mis amistades parecen que no miran con buenos ojos nuestra unión...

—¿Y eso qué importa?

—No sé... Temo verme aislada...

Sessue hizo un esfuerzo para dominar su emoción.



Murray, desesperado, juró a Sessue que aquella unión no se efectuaría.

—Había soñado que el amor era más fuerte que el miedo, — dijo, — pero veo que me he equivocado...

—Si supieras cuánto lo siento... — sollozó Elisa. — Yo... yo...

—No hacen falta excusas — contestó Lang. — Gracias por haberme dejado soñar unos

días con la suprema felicidad. Seré fiel a ese sueño hasta la muerte. Adiós, Elisa.

Al día siguiente, cuando Roberto Murray, llevado de sus celos, quiso penetrar violentamente en el domicilio de Sessue con ánimo con ánimo de desafiarle, le halló tendido sobre su lecho, inmóvil, exánime...

V

EN el vapor "Samuray" que saldrá mañana de San Francisco con rumbo a Shanghai y otros puertos de la China ha sido embarcado el cadáver del príncipe de aquella nación Sessue Lang, que se suicidó ingiriendo una pócima, a causa de unos amores contrariados."

Así rezaban, días después, unas gacetillas publicadas en los principales periódicos americanos. Y la noticia era cierta en parte. A bordo del "Samuray" viajaba, en efecto, el príncipe Sessue, que, a pesar de las apariencias, no había resuelto presentarse todavía ante el tribunal de Buda.

Nu Chang, cumpliendo órdenes de la Empe-

ratriz había comprado a uno de los criados de Sessue, al que había entregado un narcótico para que lo mezclara con el té que tomaba. Pronto el príncipe había caído en un profundo



Nu Chang, al ver a Elisa, se despidió con una cortés reverencia...

sopor, sopor que Nu Chang aprovechó para dar a todo el mundo la noticia de su muerte.

Cuando Sessue despertó de su letargo, hallóse en un camarote de barco, y, al contemplar el horizonte por una de las mirillas vió

extenderse ante él la mancha uniforme de las aguas del Pacífico.

—¡Pues es cierto! — se dijo — ¡Viajo! — Cómo diablos es esto? ¡Yo me acuerdo de que me quería volver a mi país, pero no de haberme embarcado!...

Nu Chang, que sin duda vigilaba el instante en que Lang recobrase el conocimiento, penetró en el camarote.

—Perdona, príncipe, le dijo, que haya usado de esta estratagema para hacerte volver a nuestra amada Patria. Pero las órdenes que tenía de la Emperatriz eran severas y concretas. Su Imperial Majestad sabe tus ideas disolventes en cuestiones de política, y quiere hacer contigo un escarmiento ejemplar. Serás ejecutado públicamente.

En aquel momento, un criado llamó a la puerta del camarote.

—Acaba de recibirse un radiograma para Su Alteza, dijo dirigiéndose a Nu Chang.

El príncipe lo abrió y en su rostro pintóse la sorpresa y el espanto más profundo. El radio se le cayó de las manos y se cubrió la cara sollozando como un niño.

Sessue se inclinó, recogió el papel y leyó, con el asombro que puede presumirse:

“Príncipe Nu Chang. A bordo trasatlántico ‘Samuray’. Revolucionario se han apoderado Pekín. Familia Imperial huye. Canciller.”

—Está bien, dijo Sessue. Me conformaré con lo que has hecho, príncipe Nu Chang. ¡El príncipe Sessue Lang ha muerto de verdad, pero en su lugar nace un apóstol de la revolución china! ¡Si intentas descubrir mi secreto, a nuestra llegada a Shangai te entrego a los revolucionarios!

Nu Chang calló, porque conocía la tenacidad de Sessue y sabía que era capaz de cumplir sus amenazas. A la llegada del vapor a Shangai, Nu Chang fué a refugiarse, ocultando su verdadera personalidad, a la propiedad de unos europeos amigos suyos. En cuanto a Sessue, alistóse en el ejército revolucionario bajo el nombre de Wu Yen, en donde su carrera fué tan rápida que una vez reconocida la república china por todas las potencias, el presidente premió sus servicios a la patria nombrándole generalísimo de las tropas republicanas.

VI

ALLA lejos, en Boston, la muerte del príncipe Sessue había tenido la consecuencia que era de prever. Aun cuando en los primeros momentos, la desesperación de

Elisa Halstead, que, con fundado motivo, se achacaba la culpa del suceso, fué extraordinaria, los consuelos que Roberto Murray le prodigó, comprendiendo que su partida estaba ganada, aplacaron poco a poco sus nervios. Dos años más tarde, Roberto Murray y Elisa Halstead contraían matrimonio y se embarcaban, en viaje de novios, hacia el misterioso y lejano Oriente.

Hicieron escala en Hong-Kong, en donde una sorpresa agradabilísima les esperaba: Federico Dalton, que se había alistado en la marina de guerra norteamericana, era comandante de un crucero de guerra, anclado allí hacía dos días.

En el hotel donde comían los tres, la casualidad hizo que una mañana se encontrasen con Nu Chang, que no hubo de hacer gran esfuerzo para reconocerles. Explicóles como vivía en aquella colonia británica, pues, de penetrar en China, hubiese sido detenido.

—Y el pobre Sessue Lang?, preguntó Elisa, entristecida ante el recuerdo del príncipe. ¿Dónde fué enterrado?

El rostro de Nu Chang se contrajo, como si fuera presa de una honda pena.

—En el mar, señora, dijo. Cuando llegamos a Shangai, la revolución había estallado y tuve que hacer arrojar el cadáver por la borda, para

que su presencia en el buque no descubriera mi verdadera personalidad...

Elisa ya no escuchaba. Sus ojos se fijaban



Elisa ya no escuchaba. Sus ojos se fijaban en un joven militar que acababa de entrar, rodeado de varios compañeros.

en un grupo de militares chinos que acababa de entrar rodeando a un muchacho de unos veintiséis años, que llevaba el uniforme de general y varias condecoraciones, cuyos rasgos eran idénticos a los del pobre Sessue.

La joven acercóse de nuevo a Nu Chang.

—Conoce usted a aquel militar que lleva tantas condecoraciones y a quien parecen escuchar todos sus compañeros? — preguntóle.

—¡Ya lo creo! — replicó éste, no pudiendo ocultar un gesto de rabia. — Es Wu Yen, el generalísimo de las tropas republicanas!

VII

A pesar de la evidencia de la muerte de Sessuè Lang, su parecido con Wu Yen causaron considerable preocupación en el espíritu de Elisa, hasta tal punto que aquella misma tarde, sin detenerse a reflexionar los peligros que para ella podía acarrear semejante imprudencia, tomó un coche y ordenó a su conductor la llevase a casa del generalísimo.

Wu Yen consultaba un plano en el momento en que su ayudante le entregó una tarjeta en la que se leían estas palabras:

“ELISA HALSTEAD DE MURRAY”

—¡Es ella! — murmuró. — ¡Es el pasado que vuelve! ¡El pasado al que yo, en vano, quise sustraerme, pero me renace con la inexorable fatalidad de todas las cosas humanas!



—¡Yo sabía que eras tú y que mi corazón no podía engañarme...!

Elisa, muy conmovida, penetró en la estancia del generalísimo de las tropas republicanas.

—¡Sessue! — exclamó al reconocerle. — ¡No había engañado! ¡Yo sabía que eras tú y que mi corazón no podía engañarme! ¡Vives!

—Sí — respondió con voz grave el general. — ¡Pero el Sessue Lang a quien tú conociste murió hace ya tiempo, y sólo queda el Wu Yen impasible para quien no pueden existir otros sentimientos que el amor a la libertad de su patria que ha jurado defender hasta la muerte.

—¿Entonces — preguntó Elisa —, ya no me quieres?

—Sessue Lang te juró ser fiel al sueño de amor que le inspiraste cuando era un estudiante recién salido de la Universidad, allá en América. Y Sessue no te engañó, porque Sessue ya no existe... Y ahora, Elisa, permíteme un consejo. Eres casada y tienes deberes sagrados que cumplir. Tu visita ha sido una grave imprudencia que podría ensombrecer el horizonte de tu felicidad. ¡Si, por desgracia, se llegara a saber que tú has estado aquí y mi verdadera personalidad se revelase, quien sabe Roberto lo que pensaría de ti! No es prudente que salga ahora de mi casa. Espera que sea la noche, y entonces yo, al abrigo de las sombras, te acompañaré hasta el hotel...

El ruido de unos golpes en la puerta hizo estremecer a Eloisa y a Sessue.

Era un grupo de chinos, que Nu Chang, enterado casualmente de que la joven estaba en casa de Sessue, y ansioso de vengarse de éste, había reclutado en los barrios bajos de Hong Kong para que penetrasen allí, asesinaran a Elisa y huyeran. De aquel modo, el infame esperaba que la responsabilidad del crimen recayese sobre el generalísimo de las tropas republicanas y causara su perdición.

—¿Qué queréis? — dijo Sessue al ver al grupo en actitud amenazadora. — ¡Mi cabeza, bandidos?

—No! — le contestó una voz —, que Lang conocía bien. A quien queremos es a la joven blanca que está contigo, para matarla!

¡El hombre que capitaneaba a los asaltantes no era otro que Nu Chang!

—¡Venid a buscarla, si os atrevéis! — gritó Sessue lleno de rabia.

Entablóse la lucha. Sessue era tan valiente como ágil y pronto sus puños y sus saltos de felino dieron cuenta de varios de sus contrarios. Pero éstos eran muchos y combatían acuciados por Nu Chang, que les enardecía con sus gritos.

Rodeado de enemigos, Sessue iba a sucumbir. Pero, de pronto, la casa vióse invadida por una legión de marineros yanquis que revólver

en mano se imponían respeto. Los malhechores huyeron, dejando abandonado a Nu Chang, que bien pronto estuvo aprisionado entre los hercúleos músculos de Sessue.

—¡Muere, canalla! — gritó Lang hundiendo en el pecho del príncipe un estilete que había cogido de una panoplia.

Una exclamación de sorpresa resonó entonces en la habitación. Murray y Dalton, qué, como ya han advertido nuestros lectores habían acudido allí con los marinos del buque que mandaba Federico al saber que Elisa estaba en casa del generalísimo republicano quedaron absortos al reconocer a su antiguo camarada.

—¡Cómo! — dijo Roberto. — ¿No habías muerto?

—No, Roberto. Un príncipe infame quiso secuestrarme, pero escapé a sus garras gracias a los valerosos compatriotas que se alzaron contra la tiranía imperial. Y la promesa qué os hice en Boston de contribuir a la libertad de mi amada patria, se ha cumplido en todas sus partes...

Dalton se acercó a Sessue y le abrazó lleno de alegría.

—Sólo una cosa me entristece — continuó diciendo Sessue Lang —, y es la imprudencia que Elisa ha cometido viniendo a verme... Tal vez, Roberto, dudas ahora de nosotros dos y

vuelva yo a constituir un motivo de discordia que amargue nuestra felicidad...

Murray abrió los brazos y estrechó contra su pecho a Sessue Lang.

—No, Sessue. No he dudado nunca de tu caballerosidad, y serás para mí el buen amigo de siempre. Olvidemos el pasado y consagrémonos todos a nuestra felicidad.

—Gracias, Roberto — exclamó el generalísimo profundamente emocionado mientras Elisa, que contemplaba conmovida la escena, enjugaba una lágrima furtiva con su fino pañolito de batista...

Ante la playa silenciosa y serena, Sessue, de pie, saludaba a los pasajeros de una lancha que se alejaba rápidamente en dirección a un crucero en el qué ondeaba la bandera norteamericana.

En ella iban Elisa, Roberto y Federico, que se despedían del generalísimo Wu Yen dando visibles muestras de alegría... Pronto, la lancha detúvose al costado del buque, subiendo a cubierta los que iban en ella. A su vez, la frágil embarcación fué izada a estribor y la formidable máquina de guerra, cuyas calderas debían estar a presión hacia mucho rato, emprendió su marcha mar a dentro. Momentos más tarde, el buque de guerra no era ya más

que un puntito negro en el horizonte del que Lang no separaba la vista.

Allá estaba su felicidad, de la que acababa de separarse para siempre. Allá viajaba la mujercita ideal con cuyo amor había soñado el pobre Sessue y que ahora, en los brazos del amado, evocaría tal vez sus pasadas angustias. Cuando la silueta del barco esfumóse en la inmensidad del mar, Sessue cayó de rodillas sobre la húmeda arena y un sollozo agudo desgarró su pecho...

FIN

28,6
29

29,6
25,8
~~24,0~~